

Te escribo una carta*

Que leerás sin duda, querida Danièle, ya que ahora vas a tener tiempo...

En primer lugar, para decirte que es una idea rara, que no nos rejuvenece. Mismo año de nacimiento, mismo concurso; en pocas palabras, tuvimos vidas muy paralelas y ¡ahora te jubilas sin prevenir! Ya que el cumpleaños de 2006 no era fácil, la perspectiva de salir del Consejo el próximo año, aunque creo saber que hay una vida después, me preocupa un poco, ello toda vez que mi conducta se conformó con respecto a la tuya. A menudo me pregunto si debo seguir. Sí, creo...

Pero ya que tengo la oportunidad de escribirte, quiero, antes de todo, decirte que te debo mucho desde que nos conocimos en los primeros años de la carrera de Derecho en 1963, creo, cuando los encargados de los trabajos dirigidos eran los queridos Jean Virole y Pierre Mazeaud.

¿Cómo nos encontramos de nuevo? Primero, en la carrera que cursábamos juntos en el Instituto de Ciencias Políticas. No era malo, excepto en alemán, a pesar de mi viaje a Núremberg el verano anterior, donde me volví experto en el vocabulario de grúas y otras máquinas de carga, que es difícil utilizar en una plática. Estaba preocupado por

* Publicado en *Mélanges Danièle Lochak*, LGDJ, 2007, pp. 375-379.

Te escribo una carta

el examen de alemán, en el cual una calificación menor a 50% me obligaría a presentar de nuevo el examen en la sesión de septiembre. En el examen le fue fatal a más de uno, incluyendo, si me acuerdo bien, al que pretendía mezclarse entre nosotros.

Afortunadamente, unos días antes del examen me diste una lista de vocabulario económico. Te diré que la memoricé y que al final no la utilicé. Pude alcanzar la calificación mínima para pasar. Después tuve que realizar el concurso de la agregación,¹ cuyo inicio fue bueno, pero temía mucho la Lección en Veinticuatro Horas. Por eliminación había elegido Derecho Administrativo, materia que me parecía en aquella época muy aburrida (terminé por entender que la materia podría tener un interés para mí), pero tú, en cambio, la conocías perfectamente, lo que te llevó, desde luego, a ser la lideresa del equipo. Recuerdo perfectamente la insaculación de mi tema: Situación y porvenir de la adjudicación en los mercados públicos... “¡Bonito tema!”, me dijo el presidente del jurado, Roland Drago, aquel día. Le afirmé mi opinión. Después, tras haberme asegurado que no podía escucharme, me voltee hacia ti, que no estabas lejos en el pasillo, para plantearte una cuestión básica: “¿Qué significa eso?”

De inmediato me tranquilizaste, diciéndome que sabías lo que había que decir. De hecho, dirigiste la lección, respecto a la cual, según las normas de aquella época, el jefe de equipo redactaba la introducción con el candidato y luego trataba de memorizarla, de modo que se pudiera pronunciar de manera verosímil, mientras que las subpartes las preparaban otros miembros del equipo. El ejercicio fue un éxito, ya que el jurado me hizo este comentario durante las visitas posteriores al examen de oposición: “Sabe usted muchas cosas, pero no las expresa muy bien”. La primera parte de esta calificación era para ti y la segunda para mí, aunque sigo considerándola inexacta: de hecho, no sabía mucho, pero tengo el presentimiento de que no me expresaba muy mal.

Al final aprobamos el examen; sin embargo, la presentación de los resultados fue, por tu culpa, involuntaria, un momento de real inquietud: consideraba —no es falsa modestia— que había una verdadera diferencia de nivel entre nosotros y que si aprobaba el examen, sería 10

¹ Examen de oposición que permite obtener un puesto de profesor en Derecho en las universidades francesas.

lugares atrás de ti. Como el presidente Drago había anunciado desde el inicio que el jurado anunciaría 25 admisiones de los 30 lugares propuestos —si lee estas líneas, que sepa que no tengo nada en contra de él, aunque saludo, desde luego, su discernimiento—, esto implicaba que fuera en los 15 primeros.

Cuando anunció los lugares 12 y 13, empecé a dudar. Afortunadamente, fuiste la siguiente en aprobar, lo que iba exactamente con mis previsiones y, por sorpresa, te seguí dos lugares después, ya que el querido Raymond Ranjeva quedó entre nosotros.

Pero también te debo mi experiencia en Nantes, donde empecé mi carrera de profesor después de haberme alistado en las órdenes de la República, que me recordó que debía hacer mi servicio militar, pues me nombraron como zapador minero (de segunda clase) en el Regimiento 32 del Cuerpo de Ingeniería, en Alemania.

El año en que empecé mi carrera de profesor en Nantes comenzaron a elegir ellas su *agrégé*, una concepción tan curiosa como excesiva que daba la autonomía de las universidades. Ignorante de estas cosas, no lo había previsto, pero afortunadamente tú habías preparado dos opciones: la Universidad de Amiens, que fue la que elegiste, y la de Nantes, que fue la que me propusiste y donde me nombraron gracias a la benevolencia del decano de aquella época, Yves Prats.

Pasé ahí ocho años muy felices, durante los cuales hice vínculos de amistad que se han mantenido hasta hoy, y regreso allá de vez en cuando con mucho placer. Hay muchas otras cosas en las cuales me guiaste: la compra de las cotizaciones relativas a varios años de asistencia, lo que me permitió tomar la misma decisión que la tuya, o tu interés por la Convención de Instituciones Republicanas, al cual dedicaste un posgrado, del que fui también el último afiliado.

Te debo mucho y, como tengo la oportunidad de decírtelo, no vacilo en comunicártelo. Sin embargo, no seguiré tu ejemplo, trataré de continuar esta profesión algunos años más, ¿qué puedo hacer?, la quiero de la misma manera que tú.

Tiene sus encantos: los estudiantes, los colegas, la universidad... Asimismo, tiene sus defectos: los estudiantes, los colegas, la universidad...

Los estudiantes, desde luego, son encantadores. Estamos para servirles, aunque ocurre, de vez en cuando, que también los olvidamos. Es

Te escribo una carta

también un verdadero placer dar clases a 800 alumnos de primer año de Derecho en Nantes, o 400 en el auditorio René Cassin de la Sorbona, aunque en ocasiones no somos buenos en interesarlos en el tema.

¡Qué placer ver centenas de manos que toman notas, todas al mismo tiempo, con rapidez, cuando se anuncia la sección 2 o el capítulo III! No obstante, suele pasar que sean un poco invasivos. Afortunadamente utilizo poco el correo electrónico —si no, pasaría mucho tiempo en responder a todas sus solicitudes—, que, a diferencia del teléfono o de manera escrita, no les provoca la misma timidez. “No pude asistir a su curso la semana pasada, ¿me puede mandar sus notas?”, “tengo una presentación que hacer en el marco de los trabajos dirigidos, ¿me puede sugerir un plan?”, etcétera. ¡Queridos muchachos!

Hay que hacer, igualmente, una mención especial de los doctorandos. Es verdad que esta condición no es cómoda; nos acordamos de que, en un principio, es transitoria. Es cierto que les debemos ayuda y asistencia, como lo señala la Carta de las Tesis, la cual es completamente inútil. ¡Lo que es evidente está bien, mientras lo que no es evidente, no! ¡Sin embargo, ellos también a veces exageran!

En mi época —hablé como un viejo, pero fue tu culpa debido a tus ideas de jubilación—, cuando veíamos al inicio a nuestro director de tesis para definir el tema, después de unos meses se le mandaba un plan que regresaba eventualmente con anotaciones o aprobado, para que, después de cuatro o cinco años, anunciáramos con mucho orgullo que habíamos terminado y que se debía buscar una fecha para defenderla.

Ahora hay que escoger el tema, el plan y los consejos, pero también las lecturas (capítulo tras capítulo); hay que realizar el primer borrador de la tesis completa y, después, la lectura final antes de su presentación. ¡Hay muchas tesis que he leído tres veces! Cuando el tema es interesante y el estudiante encantador —digo esto por ustedes, Guillaume, Paco y los Laurent, para hablar solo de los que terminaron hace poco y alentar a los demás a hacerlo—, el ejercicio es simpático y crea, como en los tiempos antiguos, relaciones casi filiales, por lo menos en mi experiencia, sin garantizar que sea recíproco para ellos. Al contrario, cuando la tesis se alarga y se debe anunciar con reservas que no está mal, pero que para el Comité Nacional de las Universidades sería bueno retomar algunas de las cuestiones comentadas con anterioridad, sucede que ello da

lugar a una cierta lasitud, rápidamente remplazada por la satisfacción de ver al estudiante de ayer volverse el colega de hoy.

Son exactamente los colegas quienes son encantadores cuando nos los encontramos en los pasillos o en los coloquios, llenos de conocimientos e ideas; por supuesto, también con manías, pero no más ridículas que las mías. Ahí nacen amistades reales; como lo dije en el caso de Nantes, podría decir lo mismo en el caso de París I. Pero cuando uno sucumbe a la tentación de ser director de facultades y es responsable de administrarlas, las cosas cambian no para todos, pero sí para muchos. Cuánta amabilidad se debe enseñar para convencerlos de que se debe llevar a cabo el servicio en su totalidad, o, de lo contrario, no se puede hacer todo en el posgrado; de que el horario de un curso que no ha cambiado desde hace 10 años debe modificarse este año; de que las calificaciones se deben entregar en la fecha establecida, como de la misma manera se deben integrar los expedientes; de que su presencia en las deliberaciones es importante; de que el promedio se calcula con base en los coeficientes de cada materia, etcétera. ¡Exagero! Sí, pero apenas, y no en todos los casos, aunque, naturalmente, muchos sirven de ejemplo.

¿Y el complot universitario? Merecería este tema una tesis de sociología, pero incurro en los defectos que me molestan a menudo de la ciencia política contemporánea. Para esta problemática sucede esto: mientras menos importante es lo que está en juego, más refinada es la maniobra. Cuánta habilidad se tuvo que enseñar con el fin de conquistar tres metros cuadrados para instalar mi Centro de Investigaciones, lo que equivale a una oficina indispensable para mi investigación, para obtener una subvención Bonus Calidad Investigación o un medio-ingenero de estudios (dije que las cosas eran modestas), necesario para mi documentación. En su defensa, sin embargo, se debe añadir que todo eso debería ser evidente y que este lineamiento me parece más lógico que la política ministerial, que consiste en eximir de servicio a los que son reconocidos como particularmente prometedores. Que mis amigos que fueron, son o serán miembros del Instituto Universitario de Francia me perdonen este ataque péfido, no tengo nada en contra de ellos, sino en contra del razonamiento que descansa en esta premisa: “como ustedes son buenos, enseñarán a menos estudiantes”.

Te escribo una carta

Aunque entiendo el interés que ello puede tener para la investigación, me parece que hay mejores métodos para alcanzar el mismo resultado.

¡Y también las comisiones de especialistas! Raros momentos de gozo, cuando tenemos, por fin, poder sobre los demás colegas o los protegidos de ellos. Cuántas maniobras sutiles, cuántos intercambios de buenos o malos procedimientos, cuántas actuaciones teatrales para alcanzar el resultado que consideramos legítimo y que lo es a menudo. Afortunadamente, los pleitos no duran mucho tiempo —sería insultar las reuniones siguientes— y los resultados son generalmente justificados. ¡Milagros en un mundo tan pequeño! Digo ello, pero sigo presidiendo la mía y estoy feliz de hacerlo.

Nos falta hablar de la universidad, que es una institución hermosa, así como de la administración universitaria, otra institución hermosa. Por gusto —y atavismo, sin duda— quise ser director de facultad dos veces, en Nantes y en París I. Estuve feliz y gocé, en los dos casos, la dedicación destacada de un personal administrativo, aún más meritorio, ya que es mal pagado. No obstante, no sé si tendría la valentía de hacerlo de nuevo cuando veo, querida Françoise, querida Frédérique, que me remplazaron. El tiempo que se requiere ahora, los formatos, los balances, los expedientes que hay que llenar y ay de nosotros si, por desgracia, llega un contrato europeo o una evaluación del Comité Nacional.

Desde el inicio de nuestra carrera, querida Danièle, tuvimos que trabajar cuatro o cinco veces en los nuevos programas, en que la idea principal fue hacer caber lo que ya existía en el nuevo molde, tratando de progresar un poco y de resistir a las exigencias competitivas de las otras disciplinas. Sí, hay una historia después de 1789, y sí, hay derecho fuera de las resoluciones de la Corte de Casación (y de las decisiones del Consejo Constitucional).